

ter es que hayáis consejo, pues que os habeis de combatir con él.» Así se fueron al castillo con mucho placer, donde de comer le dieron; que en todo el día no comiera, por no ser descubierto.

CAPITULO XIV.

De cómo Beltenebros é Oriana enviaron la doncella de Denamarca para saber la respuesta de la corte, que del seguro habian enviado á demandar al Rey, é de cómo fueron á la prueba.

A la doncella de Denamarca mandaron otro día que se fuese á Londres é sopiese qué respuesta daba el Rey á Enil, y que dijese á la Reina é á todas las dueñas é doncellas que Oriana se había sentido mal é que no se levantaba. La doncella fué luego á recaudar su mandado, é no tornó fasta bien tarde, é su tardanza fué porque el Rey salió á recibir á la reina Briolanja, que allí era venida, é que traía cien caballeros para que buscasen á Amadis, como sus hermanos los partiesen. E traía veinte doncellas vestidas de paños negros como ella los trae, é que no los dejará fasta que sepa nuevas dél; que en otros tales la falló cuando reinar la fizo, é que allí quiere estar con la Reina hasta que sus caballeros tornen ó que sepan nuevas de Amadis. Entonces Oriana le dijo: «¿Parécete tan hermosa como dicen?—Así Dios me salve, dijo ella, dejando á vos, Señora, es la mas hermosa é apuesta mujer de cuantas yo he visto, é mucho le pesó cuando de vuestro mal supo; é por mí vos manda hacer saber que vos verá cuando por bien lo toviédes.—Mucho me placirá con ella, dijo Oriana, porque es la persona del mundo que yo mas ver deseo.—Honradla, dijo Beltenebros, que bien lo merece, como quiera que vos, Señora, alguna cosa pensastes.—Buen amigo, dijo ella, dejemos eso; que estoy segura de no ser mi pensamiento verdadero.—Pues yo entiendo, dijo él, que lo que al presente tenemos desta prueba, vos hará mas libre dello, é á mí mucho mas sujeto.—Pues si lo pasado, dijo Oriana, fué con sobrado amor que yo vos tengo, aquel tocado de las flores fio en Dios que dará dello testimonio.» Asimismo les dijo la doncella cómo el Rey había otorgado á Enil todo el seguro que le demandó.

En esto y en otras cosas en que habian placer pasaron aquel día é los otros fasta que la prueba se había de hacer. Y esa noche ante se levantaron á la media noche, é vistieron á Oriana la capa que ya oistes, é pusieronle los antifaces ante el rostro; é Beltenebros, armado de aquellas nuevas é recias armas que Enil le trajo, descendiendo por la pared de la huerta, cabalgaron ella en un palafren que Gandalin trajo, y él en su caballo, é solos se fueron por la floresta la via de la fuente de los Tres Caños, no con poco temor é miedo de Mabilia é de la doncella de Denamarca que fuesen conocidos, é aquel gran resplandor de alegría en gran tenebregura no se tornase; mas cuando Oriana así sola se vió con su amigo de noche y en la floresta, hobo tan gran miedo, que el cuerpo le temblaba é no podia hablar, é vinole duda de no acabar aquella ventura, é que su amigo donde asegurado de sus amores estaba, que le podría ocurrir alguna sospecha, é no quisiera por ninguna guisa haberse puesto en aquel camino. Beltenebros, viendo su gran turbacion, le dijo: «Si

Dios me salve, Señora, si pensara que tanto dudádes esta ida, antes quisiera morir que en ella vos haber puesto, é bien será que nos tornemos.» Entonces volvió el caballo y el palafren contra donde venia; mas cuando Oriana vió que por ella se estorbaba una tan señalada cosa como lo aquella era, mudósele el corazon é dijole: «Mi buen amigo, no mireis vos el miedo que yo, como mujer, tengo viéndome en tan extraño lugar para mí, mas á lo que vos, como buen caballero, hacer debeis.—Mi buena señora, dijo él, pues que vuestra discrecion vence á mi locura, perdonadme; que yo no debria ser osado de decir ni facer ninguna cosa, salvo aquello que de vuestra voluntad me fuese mandado.»

Entonces se fueron como ante, é llegaron á la fuente de los Tres Caños antes una hora que el alba viniése; é siendo ya de dia claro, llegó Enil, con que les mucho plogo, é Beltenebros dijo: «Señora doncella, este es el escudero que vos dije que de mi parte al Rey fuese; sepamos lo que trae.» Enil les dijo cómo todo lo traía á su voluntad despachado del Rey, é que oyendo misa, se comenzaría la prueba. Beltenebros le dió el escudo é la lanza, é no se quitando el yelmo, se fueron por el camino de Londres, é andovieron tanto, que entraron por la puerta de la villa; todos los miraban diciendo: «Este es aquel buen caballero Beltenebros, que aquí envió á don Cuadragante é á los gigantes. Cierito, este es toda la alteza de las armas; por bienaventurada se debe tener aquella doncella que en la su guarda viene.» Oriana, que todo esto oía, hacíase lozana en se ver señora de aquel que con su grande esfuerzo á tantos é tales señoreaba. Así llegaron al palacio del Rey, donde él é todos sus caballeros, é la Reina é sus dueñas é doncellas, estaban en una sala juntos para la prueba; é como sopieron su venida, salió el Rey á lo recibir á la entrada de la sala, é como á él llegaron, hincaron los hinojos por le besar las manos. El Rey no gelas dió é dijo: «Mi buen amigo, mirad que todo lo que vuestra voluntad fuere faré yo de grado, como por aquel que en tan poco tiempo me sirvió mejor que nunca caballero á rey hizo.» Beltenebros gelo agradeció con mucha humildad, é no quiso hablar, é se fué con su doncella donde la Reina vió estar. A Oriana le tremian las carnes del miedo que hobo en se ver delante su padre é madre, temiendo ser conocida; mas su amigo nunca de la mano la dejó, é hincaron los hinojos ante ella, é la Reina los alzó por las manos é dijo: «Doncella, yo no sé quién sois; que nunca vos vi; mas por los grandes servicios que ese caballero que vos trae nos ha fecho, é por lo que vos valeis, á él é á vos haré toda honra é merced, como se le debe.» Beltenebros gelo tovo en merced, mas Oriana no le respondió ninguna cosa, é tenia la cabeza baja en lugar de humildad. El Rey se puso con todos los caballeros á una parte de la sala, é la Reina á la otra con las dueñas é doncellas. Beltenebros dijo al Rey que queria estar con su doncella aparte para ser los postreros en aquella aventura probar; el Rey lo otorgó.

Entonces se fué el Rey, é tomó la espada, que encima de una mesa estaba, é sacó una mano della, é no mas. Macandon, que así había nombre el escudero que

la traía, le dijo: «Rey, si en vuestra corte no hay otro mas enamorado que vos, no iré yo de aquí con lo que deseo.» E tornó á meter el espada, que así le convenia hacer cada vez; é luego la probó Galaor, é no sacó mas de tres dedos; é tras él la probaron Florestan, é Galvanes, é Grumedan, é Bramdoibas, é Ladasin; é ninguno dellos no sacó tanto como don Florestan, que sacara un palmo; é luego la probó don Guilan el cuidador, é sacó la media; é Macandon le dijo: «Si dos tanto amáredes, ganáredes la espada, é yo lo que tanto tiempo he buscado.» E despues dél la probaron mas de cien caballeros de muy grande cuenta, é ninguno dellos no sacaron la espada; é tales hobo que ni poco ni mucho sacaron, é aquestos decia Macandon que eran herejes de amor. Entonces llegó Agrájes á la probar, é antes que la tomase miró contra donde su señora Olinda estaba, é pensó que la espada, segun el leal é verdadero amor le tenia, seria suya, é sacó tanto della, que solamente una mano quedó, é punó de tirar tanto, que lo ardiente de la espada llegó á la ropa é quemóle parte della; é siendo mas alegre por haber mas que ninguno della sacado, la dejó é se tornó donde estaba; pero ante le dijo Macandon: «Señor caballero, de cerca vos tornastes de quedar vos alegre é yo satisfecho.» E luego la probaron Palomir é Dragonis, que un dia antes habian á la corte llegado; é sacaron de la espada tanto como don Galaor, é dijoles Macandon: «Caballeros si partides de la espada lo que sacastes, poco vos quedaria con que vos defender.—Verdad decis, dijo Dragonis; mas si vos por el cabo desta prueba vos armáis caballero, no seréis tan niño que se vos no acuerde.» Todos se rieron de lo que Dragonis dijo; mas ya ninguno quedando en toda la corte de esta aventura probar, levantóse Beltenebros é tomó á su señora por la mano, é fuese donde la espada estaba, é dijole Macandon: «Señor caballero extraño, mejor vos parecería esta espada que la que traeis; mas bien sería que en fiucia della no dejéis esa otra, porque esta mas por lealtad de corazon que por fuerza de armas ha de ser conquistada.» Mas él tomó la espada, é sacándola toda de la vaina, luego lo ardiente fué tan claro como la otra media; así que toda parecia una. Cuando esto vió Macandon fínc los hinojos ante él, é dijo: «¿Oh buen caballero! Dios te honre, pues que así esta corte has honrado; con mucha razon amado é querido debes ser de aquella que tú amas, si ella no es la mas falsa é la mas desmesurada mujer del mundo; demándote honra de caballería, pues que si de tu mano no, de otro alguno haber no la puedo; é daríe has tierra é señorío sobre muchos hombres buenos.—Buen amigo, dijo Beltenebros, hágase la prueba del tocado, é yo haré con vos lo que con derecho debiere.»

Entonces santiguó la espada, é dejando la suya á quien la quisiese, la echó á su cuello, é tomando á su señora por la mano, se tornó donde ante estaba; mas el loor suyo fué tan grande por todos é todas las que en el palacio estaban, de armas é de amores, que á gran sãna fueron movidos don Galaor é Florestan; teniendo por gran deshonra que si á su hermano Amadis no, que á otro ninguno en el mundo posiesen delante dellos, é luego pensaron que la primera cosa que despues de la

batalla del rey Lisuarte é del rey Cildadan, si vivos quedasen, sería combatirse con él, é morir ó dar á todos á conocer la diferencia que dél á su hermano Amadis había. Acabada la prueba de la espada por Beltenebros, como habeis oido, el Rey mandó que la Reina é todas las otras que en el palacio estaban probasen el tocado de las flores sin temor que dello hobiesen; que si dueña la ganase, mas amada é querida de su marido sería, é si doncella, que sería gloria para ella ser la mas leal de todas. Entonces fué la Reina é púsola en su cabeza, mas las flores no hicieron otra mudanza de lo que antes tenian; é dijole Macandon: «Reina, señora, si el Rey vuestro marido no ganó mucho en la espada, bien parece que por aquella guisa gelo pagastes.» Ella se tornó con gran vergüenza, sin nada decir, é llegó luego aquella muy hermosa Briolanja, reina de Sobradisa, mas tanto ganó como la Reina. Macandon la dijo: «Señora doncella muy hermosa, mas debeis ser amada que vos amais, segun lo que aquí mostrastes.» Y luego llegaron cuatro infantas, hijas de reyes, Elvida y Estrelleta, su hermana, que muy lozana é hermosa era, é Aldeva é Olinda la mesurada, en la cabeza de la cual las flores secas comenzaron ya quanto á reverdecer; así que, todos cuidaron que esta la ganaria; mas, por gran pieza que la tovó, no ficieron otra mudanza; antes en gela quitando, se tornaron tan secas como de antes; é despues de Olinda la probaron mas de ciento, entre dueñas é doncellas, pero ninguna llegó á lo que Olinda, é á todas decia Macandon cosas de burla é de placer; é Oriana, que todo esto viera, hobo muy gran miedo que la Reina Briolanja la ganara, é cuando vió que había faltado hobo muy gran placer, porque su amigo no pensase que los amores que aquella le había fueran causa de lo que, segun le pareció en extremo hermosa mas que ninguna de cuantas en su vida visto había, no pensaba de le perder, si por ella no; é como vió que ya ninguna por probar quedaba, hizo señal á Beltenebros que la llevase, é como llegó pusiéronle el tocado en la cabeza, é luego las flores secas se tornaron tan verdes é tan hermosas, de manera que no se podia conocer cuáles fueron las unas ni las otras. E dijo Macandon: «¿Oh buena doncella! vos sois aquella que yo demando antes cuarenta años que naciédes.» Entonces dijo á Beltenebros que le hiciese caballero, é rogase á aquella doncella que le diese la espada de su mano. «Seldo luego, dijo él, porque yo no puedo detenerme.» Macandon se vistió unos paños blancos que consigo traía, é unas armas blancas, como caballero novel, é Beltenebros le hizo caballero como era costumbre, é le puso la espuela diestra, é Oriana le dió una espada asaz rica que él traía. Como así le vieron las dueñas é doncellas comenzaron á reir, é Aldeva dijo, que todos lo oyeron: «¿Ay Dios! que extremado doncel é qué extremada postura de todos los noveles; mucho nos debe placer, que será novel toda su vida.—¿Por dónde lo sabédes vos? dijo Estrelleta.—Por aquellos paños, dijo ella, que viste, que no pueden durar menos tiempo que él.—Dios lo faga así, dijeron ellas, é lo mantenga en tal hermosura como agora está.—Buenas señoras, dijo él, yo no daría mi placer por la mesura de vosotras; que mejor estoy yo de mesura é

mancebía que vosotras de mesura é de vergüenza.» Al Rey plogo de lo que él respondiera; que le no parecía bien lo que ellas le dijeron.

Esto así hecho, Beltenebros tomó á su señora, é despidióse de la Reina, y ella dijo á su hija, que no conocía: «Buena doncella, pues que vuestra voluntad ha sido que no vos conozcamos, ruégovos que desde donde fuédes me hagais saber de vuestra hacienda, é me demandeis mercedes, que de grado vos serán otorgadas.—Señora, dijo Beltenebros, tanto la conozco yo cuanto vos, aunque há bien siete días que ando con ella; mas en cuanto he visto dígovos que es hermosa, y de tales cabellos, que no há por qué los encobrir.» Briolanja le dijo: «Doncella, yo no sé quién sois, mas por cuanto aquí habeis mostrado de vuestros amores, si vuestro amigo así vos ama como vos á él, esta sería la mas hermosa cosa que nunca amor juntó; y si él es entendido, así lo hará.» Oriana hobo gran placer desto que Briolanja decia. Con esto se despidieron de la Reina, é cabalgaron como antes venian; y el Rey é don Galaor se fueron con ellos, é Beltenebros dijo al Rey: «Señor, tomad esta doncella é honradla, que bien lo merescé, pues que así ha honrado vuestra corte.» El Rey la tomó por la rienda, y él se fué hablando con don Galaor, el cual no habia gana de le oír ninguna cosa de buen amor, porque ya se tenia por dichoso de se combatir con él, é cuando andovieron una pieza Beltenebros tomó á Oriana é dijole: «Señor, de aquí quedad con Dios, é si por bien toviédes que yo sea uno de los ciento de vuestra batalla, de grado os serviré.» Al Rey plogo mucho dello, é abrazándole, gelo agradesció, diciéndole que gran parte del pavor perdía en lo tener en su ayuda.

Así se tornaron él é Galaor, y Beltenebros se metió por la floresta con su amiga é con Enil, que las armas le llevaba, muy alegres que su aventura tan bien acabaran, él llevando aquella verde espada al cuello, y ella en la cabeza el tocado de las flores. Así llegaron á la fuente de los Tres Caños, y de una montaña que ende habia vieron venir un escudero á caballo, é llegando, dijo: «Caballero, Arcalaus vos manda que lleveis esta doncella ante él, é que si vos deteneis é le faceis cabalgar, que vos quitará las cabezas.—¿Adónde está Arcalaus el encantador?» dijo Beltenebros. El hombre gelo mostró debajo de unos árboles, é otro con él, y estaban armados, é sus caballos cabe. Oído esto por Oriana, fué tan espantada, que apenas se pudo en el palafren tener. Beltenebros se llegó á ella é dijole: «Señora doncella, no temais; que si esta espada no me fallece yo os defenderé.» Entonces tomó sus armas é dijo al escudero: «Decid á Arcalaus que yo soy un caballero extraño, que no lo conozco ni tengo por qué facer su mandado.» Cuando esto Arcalaus oyó fué muy sañudo, é dijo al caballero que con él estaba: «Mi sobrino Lindoraque, tomad aquel tocado que aquella doncella lleva, é será para vuestra amiga Madasima, é si el caballero vos lo defendiere, cortadle la cabeza, é á ella colgadla por los cabellos de un árbol.» Lindoraque cabalgó é fué luego á lo facer; mas Beltenebros, que lo habia oído, se le paró delante, é como quiera que lo vió muy grande, así como hijo que era de Cartada, el gigante de la

Montaña Defendida, é de una hermana de Arcalaus, no lo tovo en nada por la gran soberbia con que venía, é dijole: «Caballero, no paseis mas adelante.—Por vos no dejaré yo de facer lo que Arcalaus, mi tío, me mandó.—Pues agora, dijo Beltenebros, parecerá lo que vos como soberbio é él como malo hacer podeis.» Entonces se fueron herir de grandes encuentros; así que, las lanzas fueron quebradas, é Lindoraque fué fuera de la silla, é llevó un trozo de la lanza metido por el cuerpo; mas levantóse luego, con la gran valentía suya, é veyendo venir á Beltenebros á lo ferir, y queriéndose guardar del golpe, tropezó y cayó en el suelo, de manera que el fierro de la lanza le salió por las espaldas, é luego murió. Arcalaus, que así lo vió, cabalgó presto por lo socorrer, mas Beltenebros fué por él, é fizole perder el encuentro de la lanza, é al pasar dióle con la espada tal golpe, que la lanza con la meitad de la mano le hizo caer en el suelo; así que, no le quedó sino solo el pulgar. Como así se vió, comenzó á fuir, é Beltenebros tras él; mas Arcalaus echó el escudo que llevaba del cuello, é con la grande ligereza de su caballo alongóse tanto, que no lo pudo alcanzar. Entonces se volvió á su señora; é mandó á Enil que tomase la cabeza de Lindoraque é la mano y escudo de Arcalaus, é se fuese al Rey Lisuarte, é le contase por cuál razon le acometieran.

Esto hecho, tomó á su señora é fuése por su camino, é despues que algun poco folgaron cabe una fuente, siendo ya la noche venida, llegaron á Miraflores, donde hallaron á Gandalin é Durin, que les tomaron las bestias, é á Mabilia é la doncella de Denamarca, que con gran gozo de sus ánimos los recibieron á la pared de la entrada de la huerta, como aquellas que, si algun entorevalo les viniera, otra cosa, si la muerte no, no esperaban. Mabilia les dijo: «Hermosas donas traédes, mas bien vos digo que con grande congoja de nuestros ánimos é muchas lágrimas de nuestros corazones las hemos comprado. A Dios merced, que tan bien lo hizo.» Y entráronse al castillo, donde cenaron é hólgaron con mucho gozo é alegría. El rey Lisuarte é don Galaor tornándose á la villa despues que de Beltenebros se partieron, llegó á ellos una doncella é dió al Rey una carta, diciendo ser de Urganda la Desconocida, é otra á don Galaor; é sin mas le decir, se volvió por el camino do ante viniera. El Rey tomó la carta é leyóla, la cual decia así:

«A tí, Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, yo Urganda la Desconocida te envío á saludar é fágote saber que en aquella cruel é peligrosa batalla tuya y del rey Cildadan, aquel Beltenebros en que tanto te es fuerzas perderá su nombre é gran nombradía; aquel que por un golpe que hará serán todos sus grandes hechos puestos en olvido, y en aquella hora serás tu en la mayor cuita é peligro que nunca fuiste; é cuando la aguda espada de Beltenebros esparcirá la tu sangre, serás en todo peligro de muerte; aquella será batalla cruel é dolorosa, donde muchos esforzados é valientes caballeros perderán las vidas; será de gran saña é de gran crueza, sin ninguna piedad. Pero al fin, por los tres golpes que aquel Beltenebros en ella hará serán los de su parte vencedores. Cata, Rey,

no lo que harás; que lo que te envío á decir se hará sin duda ninguna.»

Leida la carta por el Rey, como quiera que él de gran hecho fuese, é de recio corazón en todos los peligros, considerando esta Urganda ser tan sabidora, que por la mayor parte todas las cosas que profetizaba verdaderas salian, algo espantado fué, teniendo creído que Beltenebros, á quien él mucho amaba, allí perdería la vida, é la suya dél sin gran peligro no quedaba; mas con alegre semblante se fué á don Galaor, que ya su carta leído habia; y estaba pensando, é dijole: «Mi buen amigo, quiero haber con vos consejo, sin que otro alguno lo sepa, en esto que Urganda me escribe.» Entonces le mostró la carta, é don Galaor le dijo: «Señor, segun lo que en la mia viene, mas me conviene ser consejado que consejo dar; pero, con todo, si algun medio se hallase que con honra esta batalla excusar se pudiese, esto ternia yo por bueno; é si esto ser no puede, á lo menos que vos, Señor, no fuédes en ella, porque yo veo aquí dos cosas muy graves. La una, que por el brazo y espada de Beltenebros será vuestra sangre esparcida, é la otra que por tres golpes que él dará serán los de su parte vencedores. Esto yo no sé cómo lo entienda, porque él es agora de vuestra parte, é segun la carta dice, será de la otra.» El Rey le dijo: «Mi buen amigo, el gran amor que me teneis face que de vos sea no bien aconsejado; que si yo perdiese la esperanza de aquel Señor que en tan gran alteza me puso, pensando que á la su voluntad el saber de ninguna persona estorbar podría, con mucha causa é razon, siendo por él permitido, debria ser abajado della, porque el corazón é discrecion de los reyes se debe conformar con la grandeza de sus estados; é haciendo lo que deben, así con los suyos como en defensa dellos, y el remedio de las cosas que miedos y espantos les ponen dejarlo aquel señor en quien es el poder entero; así que, mi buen amigo, yo seré en la batalla, é aquella ventura que Dios á los míos diere, aquella quiero que á mi dé.» Don Galaor, tornado del otro acuerdo, é veyendo el gran esfuerzo del Rey, le dijo: «No sin causa sois loado por el mayor é mas honrado príncipe del mundo, é si los reyes así esquivasen los flacos consejos de los suyos, ninguno sería osado de les decir sino aquello que verdaderamente su servicio fuese.» Entonces le mostró su carta, que decia así:

«A vos, don Galaor de Gaula, fuerte y esforzado, yo, Urganda, vos saludo como aquel que precio é amo, é quiero que por mí sepais aquello que en la dolorosa batalla, si en ella fuédes, vos acaecerá; que despues de grandes cruezas é muertes por tí vistas en la postrimera priesa della, el tu valiente cuerpo é dueros miembros fallecerán al tu fuerte é ardiente corazón, é al partir de la batalla la tu cabeza será en poder de aquel que los tres golpes dará, por donde ella será vencida.»

Quando el Rey esto vió dijole: «Amigo, si lo que esta carta dice verdad sale, conocido está ser vuestra muerte llegada si en aquella batalla entrádes; é segun las grandes cosas en armas por vos han pasado, muy poca falta, dejando esa, se vos seguirá. Así que, yo daré orden cómo, cumpliendo con mi servicio é con vuestra

honra, della podáis ser excusado.» Don Galaor le dijo: «Bien parece, Señor, que del consejo que vos dí recibistes enojo, pues que, siendo sano y en mi libre poder, me mandais que en tan gran yerro é menoscabo de mi honra caya. A Dios plega que no me dé lugar á que en tal cosa vos haya de ser obediente.» El Rey dijo: «Don Galaor, vos decis mejor que yo; é agora nos dejemos de hablar mas en esto, teniendo esperanza en aquel señor que tener se debe; é guardemos estas cartas, porque, segun las temerosas palabras que en ellas vienen, si sabidas fuesen, gran causa de temor podrian en las gentes poner.» Con esto se fueron contra la villa, é antes que en ella entrasen vieron dos caballeros armados en sus caballos lasos é cansados, é las armas cortadas por algunos lugares, que bien parecia no haber estado sin grandes afrentas; los cuales habian nombre don Bruneo de Bonamar é Branfil, su hermano, é venian por ser en la batalla, si el Rey los quisiese recibir; é don Bruneo sopo de la prueba de la espada, é aquejóse mucho por llegar á tiempo de la probar, como aquel que ya se el arco de los leales amadores fué, como ya oistes, é segun el gran é leal amor que él habia á Melicia, hermana de Amadis, bien pensaba que la espada é otra cualquiera cosa, por grave que fuese, que por grande amor se hobiese de ganar, que él lo acabara, é pesóle mucho por ser aquella ventura acabada; é como vieron al Rey fueron á él con mucha humildad, y él los recibió con muy buen talante, é don Bruneo le dijo: «Señor, hemos oído de una batalla que aplazada teneis, en que, así como el número de la gente será poco, así converná que sea escogida; é si habiendo noticia de nosotros, que nuestro valor en ella merezca ser, servir vos hemos de grado.» El Rey, que ya de don Galaor informado estaba de la bondad destes dos hermanos; especial de la de don Bruneo, que era, aunque mancebo, uno de los señalados caballeros que en gran parte fallar se podría, hobo muy gran placer con ellos é con su servicio, é mucho gelo gradecié. Entonces don Galaor se le hizo conocer, é le rogó mucho que con él posasen; y hasta ser dada la batalla en uno estoviesen, faciéndole memoria de Florestan, su hermano, é de Agrájes é don Galvanes, que estos eran siempre en una compañía.

Don Bruneo gelo tovo en mucho, diciéndole que él era el caballero del mundo á quien mas amor tenia, fuera de Amadis, su hermano, por quien él mucho afan en lo buscar habia pasado despues que sopo cómo se partiera de tal forma de la insola Firme, y que no dejara de la demanda sino por ser en aquella batalla, é que le otorgaba aquello que le decia. Así quedó don Bruneo é su hermano Branfil en compañía de don Galaor é en servicio del rey Lisuarte, como oides. Acogido el Rey á su palacio, llegó Enil, escudero de Beltenebros, con la cabeza colgada por los cabellos del petral de su rocín, y con el escudo é la meitad de la mano de Arcalaus el encantador; é antes que en el palacio entrase, venian por saber qué sería aquello, tras él, muchas gentes de aquella villa. Llegando al Rey, dijole lo que Beltenebros le mandara, de que el Rey fué muy alegre é maravillado del gran fecho deste valiente y esforzado caballero, y estóvole loado mucho, é así

lo hacian todos; mas esto crecía mas en la saña de don Galaor é don Florestan, é no veían la hora en que con él combatirse podiesen, é morir ó dar á conocer á todos que sus hechos no podrian igualar con los de Amadís, su hermano. A está sazón llegó Filispinel, el caballero que por su parte del rey Lisuarte fuera para desafiar los gigantes, como ya oistes, é contó todos los mas que habian de ser en la batalla, en que habia muchos gigantes bravos é otros caballeros de gran hecho, que ya eran pasados en Irlanda á se juntar con el rey Cildadan; é que antes de cuatro días desembarcarían en el puerto de la Vega, donde la batalla aplazada estaba; y tambien contó cómo habia hallado en el Lago Ferviente, que es en la insula de Mongaza, al rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus en poder de Gromadaza, la gigante brava, mujer de Famongomadan, la cual los tenía en una muy cruel prision, donde de muchos azotes é otros grandes tormentos cada dia eran atormentados; así que, las carnes de muchas llagas aflegidas, continuamente corrían sangre; é con él traía una carta escripta para el Rey, la cual decia así:

«Al gran señor Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, y á todos nuestros amigos del su señorío: Yo Arban, cativo, rey que fuí de Norgales, é Angriote de Estravaus, metidos en dolorosa prision, vos hacemos saber cómo nuestra gran desventura, mucho mas cruel que la misma muerte, nos ha puesto en poder de la brava Gromadaza, mujer de Famongomadan; la cual, en venganza de la muerte de su marido é hijo, nos hace dar tales tormentos é tan crueles penas, cuales nunca se podieran pensar; tanto, que muchas veces demandamos la muerte, que gran folganza nos sería; mas ella, queriendo que cada dia la hayamos, fácenos sostenner las vidas, las cuales ya por nosotros desamparadas serían, si el perdimiento de nuestras ánimas no lo estorbare; mas, porque ya somos llegados al cabo de no poder vivir, quesimos enviar esta carta escripta de nuestra sangre, é con ella nos despedir, rogando á nuestro Señor quiera daros la vitoria de la batalla contra estos traidores, que tanto mal nos han hecho.»

Muy gran pesar hobo el Rey de la pérdida de aquellos dos caballeros, é mucho dolor hobo en su corazon; mas viendo que con ello poco les aprovechaba, hizo buen semblante, consolando á los suyos, poniéndoles delante otras muchas graves cosas, que los que las honras é proezas alcanzar quieren habian pasado, y esforzándolos para la batalla; la cual vencida, era el verdadero remedio para sacar de la prision aquellos caballeros. E luego mandó á todos aquellos que con él habian de ser en la batalla, que para otro dia se aparejasen, que queria partir contra sus enemigos; é así se hizo; que con aquel gran esfuerzo que en todas las afrentas siempre tovo, movió con sus caballeros para les dar la batalla.

CAPITULO XV.

De cómo Beltenebros vino en Miraflores y estuvo con su señora Oriana, despues de la vitoria de la espada é tocado, é de allí se fué para la batalla que estaba aplazada con el rey Cildadan, y de lo que en ella acaeció.

Beltenebros estuvo con su señora en Miraflores tres dias despues que ganara la espada y el tocado de las

flores, y al cuarto dia salió de allí á la media noche, solo, solamente sus armas y caballo; que á su escudero Enil él le mandó que se fuese á un castillo que al pié estaba de una montaña cerca donde la batalla se habia de dar, que era de un caballero viejo que Abradan se llamaba, del cual todos los caballeros andantes mucho servicio recibían; y esa noche pasó cabe la huerte del rey Lisuarte, é andovo tanto, que al quinto dia llegó allí é halló á Enil, que ese dia habia venido, con que mucho le plogó, y del caballero fué muy bien recibido; é allí estando, llegaron dos escuderos sobrinos del huésped, que venían de donde la batalla habia de ser, é dijeron que ya el rey Cildadan era con sus caballeros llegado, y que posaban en tiendas junto á la ribera de la mar, é sacaban las armas é caballos, y que vieran llegar allí á don Grumedan é á Giontes, sobrino del rey Lisuarte, y que pusieran treguas fasta el dia de la batalla; é asimismo que ninguno de los reyes metiese en ella mas de cien caballeros, como asentado estaba. El huésped les dijo: «Sobrinos, ¿qué vos parece desaga gente, que Dios maldiga?—Buen tío, dijeron ellos, no es de hablar, segun son fuertes y temerosos; ¿qué vos dirémos, sino que si Dios milagrosamente no ayuda á la parte de nuestro señor el Rey, no es su poder contra ellos como nada?» Al huésped le vinieron las lágrimas á los ojos é dijo: «Oh Señor poderoso! no desamparés al mejor é mas derecho rey del mundo.—Buen huésped, dijo Beltenebros, no desmayédes por gente brava, que muchas veces la bondad é la vergüenza vence á la soberbiosa valentía, é ruégovos mucho que lleguéis al Rey é le digais cómo en vuestra casa queda un caballero, que se llama Beltenebros, que me haga saber el dia de la batalla, porque yo seré hi luego.» Cuando esto oyó fué muy ledo é dijo: «¿Cómo, Señor! ¿vos sois el que envió á la corte del Rey mi señor á don Cuadragante, y el que mató á aquel bravo gigante Famongomadan é á su fijo cuando llevaban presa á Leonoreta é á sus caballeros? Agora vos digo que si yo he hecho algun servicio á los caballeros andantes, que con este solo galardón me tengo por satisfecho de todo ello, é lo que mandais haré de grado.»

Entonces tomando consigo á aquellos sus sobrinos, se fué adónde ellos le guiaron, é falló que el rey Lisuarte é toda su compañía eran llegados á media legua de sus enemigos, y que otro dia sería la batalla, é dijole el mandado que llevaba, con que hizo al Rey é á todos muy alegres é dijo: «Ya no nos falta sino un caballero para el cumplimiento de los ciento.» Don Grumedan dijo: «Antes entiendo, Señor, que vos sobran; que Beltenebros bien vale por cinco.» Desto pesó mucho á don Galaor é Florestan é Agrájes, que no les placía de ninguna honra que á Beltenebros se diese, mas por la envidia de los sus grandes hechos que por otra enemistad alguna; mas calláronse. Siendo avisado Abradan de lo por que viniera, despedido del Rey, se tornó á su huésped é contóle el placer é gran alegría que el Rey é todos los suyos hobieron con su mandado, é cómo para cumplimiento de los ciento no les faltaba mas de un caballero. Oido esto de Enil, apartó á Beltenebros por una puerta, é fíncando los hijos ante él, le dijo: «Como quiera que yo, Señor, no

os haya servido, atreviéndome á vuestra gran virtud, quiero demandaros merced, é ruégovos por Dios que me la otorguéis.» Beltenebros le levantó suso é dijo: «Demanda lo que quisieres que yo facer pueda.» Enil le quiso besar las manos, mas él no quiso, é dijo: «Señor, demándovos que me hagais caballero, y que roguéis al Rey que me meta en el cuento de los cien caballeros, pues que uno le falta.» Beltenebros le dijo: «Amigo Enil, no entre en tu corazon querer comenzar tan gran hecho como este será é tan peligroso. E yo no lo digo por no te facer caballero, mas por lo que á ti conviene comenzar en otros mas ligeros hechos.—Mi buen señor, dijo Enil, no puedo yo aventurar tanto peligro, aunque la muerte me sobreviniese por ser en esta batalla, cuanto es la honra grande que della ocurrir me puede; que si saliere vivo, siempre me será honra é prez en ser yo contado en el número de tales cien caballeros, é seré por uno dellos tenido; é si muriere, sea la muerte muy bien venida, porque mi memoria será junta con los otros preciados caballeros que allí han de morir.» A Beltenebros le vino una piedad amorosa al corazon, é dijo entre sí: «¿Bien parece ser tú de aquel linaje del preciado é leal don Gandáles mi amo.» E respondióle: «Pues que así te place, así sea.» Luego se fué al huésped é rogóle que le diese para aquel su escudero unas armas; que le queria hacer caballero. El huésped gelas dió de buen grado, é velándolas aquella noche Enil en la capilla, é dicha al alba del dia una misa, fizole Beltenebros caballero; é luego se partió para la batalla, é su huésped con él, con los dos sus sobrinos, que les llevaban las armas, y llegando donde habia de ser, fallaron al buen rey Lisuarte, que ordenaba sus caballeros para ir á sus enemigos, que en un campo llano le atendían, é cuando vió á Beltenebros, así él como los suyos tomaron en sí muy gran esfuerzo, y Beltenebros le dijo: «Señor, vengo á cumplir mi promesa, é trayo un caballero conmigo en lugar de aquel que supe que vos faltaba.» El Rey lo recibió con mucha alegría, é al caballero suyo puso en el cumplimiento de los ciento.

Entonces movió contra sus enemigos, fecha una haz de su gente, que para mas no habia. Pero delante del Rey, que en medio de la haz iba, pusieron á Beltenebros y su compañero; é don Galaor é Florestan é Agrájes, é á Gandáles, amo de don Galaor, é sus fijos Bramandil é Gavis, que ya don Galaor ficiera caballero, é Nicoran de la Puente Medrosa é Dragonis é Palomir é Pinorantes é Giontes, sobrino del Rey, y el preciado de don Bruneo de Bonamar é su hermano Branfil é don Guillan el cuidador; estos iban delante todos juntos, como ois, é delante dellos iba aquel honrado y preciado viejo don Grumedan, amo de la reina Brisena, con la seña del Rey. El rey Cildadan tenia su gente muy bien parada, y delante de sí los gigantes, que eran muy esquiva gente, é con ellos veinte caballeros de su linaje dellos, que eran muy valientes; é mandó estar en un otero pequeño á Madanfabul, el gigante de la insola de la Torre Bermeja, é diez caballeros con él, los mas preciados que allí tenia; é mandó que no moviesen dende fasta que la batalla vuelta fuese, é todos fuesen cansados; y que entonces, firiendo bravamente, procurasen

de matar ó prender al rey Lisuarte é lo llevar á las naos. Así como ois se fueron unos á otros con mucha ordenanza y muy paso; mas cuando fueron llegados, encontráronse los que delante iban tan bravamente, que muchos dellos al suelo fueron; mas luego se juntaron las batallas, ambas con tan gran saña é crueza, que la fuerte valentía suya dió causa que muchos caballos por el campo sin sus señores fuyesen, quedando ellos muertos é otros mal llagados. Así que, con mucha causa se puede decir ser aquel dia airado é doloroso para aquellos que allí se hallaron; pues firiendo y matando unos á otros, pasó la tercera parte del dia sin haber ninguna holganza, con tanto rigor é trabajo de todos, que por ser en el gran hervor del verano, con la gran calura que hacia, así ellos como sus caballos muy lasos et cansados andaban á maravilla, é los llagados perdían mucha sangre; de manera que las vidas no pudiendo sostener, muertos allí en el campo quedaban, especialmente aquellos que de los fuertes gigantes heridos eran.

En aquella hora Beltenebros facía grandes maravillas en armas, teniendo aquella su muy buena espada en su mano, derribando y matando los que delante sí fallaba, aunque mucho le impedía el cuidado de aguardar al Rey en las grandes priesas donde le veía; que, como siendo vencido la entera deshonra suya fuese, así lo era la gloria siendo vencedor; y esto le daba causa de poner en la mayor afrenta á sus aguardadores; mas visto por don Galaor é Florestan é Agrájes las extrañas cosas por Beltenebros hechas, iban teniendo con él, dando é sufriendo tantos golpes, que la grande envidia habida del los hizo señalar en gran ventaja de todos los de su parte; é don Bruneo se juntaba con ellos, é aguardaba á don Galaor, que como leon sañudo, por se igualar á la bondad de Beltenebros, no temiendo los fuertes golpes de los gigantes ni la muerte, que á otros veía ante sus ojos padecer, se metía con la su espada entre sus enemigos, firiendo y matando en ellos; é yendo así como oides con corazon tan airado é sañudo, vió delante sí al gigante Cartada de la Montaña Defendida, que con una pesada hacha daba tan grandes golpes á los que alcanzar podia, que mas de seis caballeros derribados á sus piés tenia; pero que él estaba llagado en el hombro de un golpe que don Florestan le diera, que le salía mucha sangre, é don Galaor apretó la espada en la mano é fué para él, é dióle un tan gran golpe por encima de su yelmo en soslayo, que todo cuanto alcanzó del con la una oreja le derribó, é no parando allí la espada, cortóle la asta de la hacha por cabe las manos. Cuando el gigante tan cerca lo vió, no teniendo cómo ferirlo pudiese, echó los brazos en él con tanta fuerza, que quebradas las cinchas, llevó tras sí la silla, é don Galaor cayó en el suelo, teniéndole tan apretado, que nunca de sus fuertes brazos salir pudo, antes le parecia que todos los sus huesos le menuzaba; mas antes que el sentido perdiese, don Galaor cobró la espada, que colgada de la cadena tenia, y metiéndogela al gigante por la vista, hizole perder la fuerza de los brazos; así que, á poco rato fué muerto. El se levantó tan cansado de la grande fuerza que posiera y de la mucha sangre que de las heridas se le iba, que la espada nunca sacar pudo de la cabeza del Gigante, é allí se ayuntaron de

ambas las partes muchos caballeros por los socorrer, que hicieron la batalla mas dura é cruel que en todo el día había sido; entre los cuales llegó el rey Cildadan de la su parte, y Beltenebros de la otra, é dió al rey Cildadan dos golpes de la espada en la cabeza, tan grandes, que desapoderado de toda su fuerza, le hizo caer del caballo ante los piés de don Galaor, el cual le tomó el espada que se le cayera é comenzó con ella á dar grandes golpes á todas partes hasta que la fuerza y el sentido le faltó, é no se pudiendo tener, cayó sobre el rey Cildadan así como muerto. A esta hora se juntaron los gigantes Gandalac é Alvanzor, é firieronse ambos de las mazas de tan fuertes golpes, que ellos é los caballos fueron á tierra. E Alvanzor hobo el un brazo quebrado, é Gandalac la pierna; mas él é sus hijos mataron á Alvanzor.

Entonces eran de ambas las partes muertos mas de ciento é veinte caballeros, é pasaba el mediodía; é Madanfubul, el gigante de la insola de la Torre Bermeja, que en el otero estaba, como ya oistes, miró á esta sazón la batalla, é como vió tantos muertos, é los otros cansados, y sus armas por muchos lugares rotas y los caballos heridos, pensó que ligeramente con sus compañeros podia á los unos é otros vencer, é movió del otero tan recio é tan sañudo, que maravilla era, diciendo á grandes voces á los suyos: «No quede hombre á vida, é yo tomaré ó mataré al rey Lisuarte.» Y Beltenebros, que así lo vió venir, que entonces tomara un caballo holgado de uno de los sobrinos de Abradan, su huésped, púsose delante del Rey, llamando á Florestan é Agrájes, que cabe si vió, é con ellos se juntaron don Bruneo de Bonamar é Branfil é Guilan el cuidador, y Enil, que mucho en aquella batalla había fecho, por donde siempre en gran fama tenido fué; todos estos, aunque de grandes heridas ellos é sus caballos estaban, se pusieron delante del Rey, é delante de Madanfubul venia un caballero llamado Sarmadan el leon, el mas fuerte y valiente en armas que todos los del linaje del rey Cildadan, y era su tio. Y Beltenebros salió de los suyos á él, é Sarmadan le firió con la lanza en el escudo, é aunque se quebró, pasólo é fízole una llaga, mas no grande, y Beltenebros lo firió de la espada en pasando cabe en el derecho de la vista del yelmo al través, de tal golpe, que los ojos entrambos fueron quebrados, é dió con él en el suelo sin sentido ninguno; mas Madanfubul y los que con él venian firieron tan bravamente, que los mas que con el rey Lisuarte estaban fueron derribados, é Madanfubul fué derecho para el Rey con tanta braveza, que los que con él estaban no fueron poderosos de gelo defender, por heridas que le diesen, y echóle el brazo sobre el pescuezo, é tan recio le apretó, que desapoderado de toda su fuerza, lo arrancó de la silla, é ibase con él á las naos. Beltenebros, que así lo vió llevar, dijo: «¡Oh Señor Dios! no vos plega que tal enojo haya Oriana.» E firió el caballo de las espuelas é su espada en la mano, y alcanzado al Gigante de toda su fuerza, lo firió en el brazo diestro, con que al Rey llevaba, é cortólo cabe el codo, é cortó al Rey una parte de la loriga, que le hizo una llaga de que mucha sangre le salió, y quedando él en el suelo, el Gigante huyó como hombre tollido. Cuando Beltenebros vió que

por aquel golpe había muerto aquel bravo gigante, é librado al Rey de tal peligro, comenzó á decir á grandes voces: «Gaula, Gaula, que yo soy Amadis.» Y esto decia firiendo en los enemigos, derribando y matando muchos dellos, lo cual era en aquella sazón muy necesario, porque los caballeros de su parte estaban muy destrozados, dellos feridos, é otros á pié é otros muertos; é los enemigos habían llegado holgados y con grande esfuerzo é con gran voluntad de matar cuantos alcanzasen; é por esta causa se daba Amadis gran priesa. Así que, bien se puede decir que el su grande esfuerzo era el reparo é amparo de todos los de su parte, é lo que mas embravecer le facia era don Galaor, su hermano, que á pié lo vió é muy cansado, é despues no lo había visto, aunque por él mucho mirado había; é cuidó que era muerto; é con esto, no encontraba á caballero que lo no matase.

Cuando los del rey Cildadan vieron tanto daño en los de su parte, y las grandes cosas que Amadis hacia, tomaron por caudillo á un caballero del linaje de los gigantes, muy valiente, que Gadan Curiel había nombre, é hacia un gran estrago en los contrarios, que de todos era mirado y señalado, é con él pensaban vencer á sus enemigos. Mas á esta hora Amadis, con gran saña que traía é gana de matar los que alcanzaba, metióse entre los contrarios tanto, que se hobiera de perder. E habiendo ya el rey Lisuarte tomado un caballo, estando con él don Bruneo de Bonamar y don Florestan é Guilan el cuidador, é Ladasin é Galvanes Sin-Tierra é Olivas é Grumedan, al cual la seña le habían entre sus brazos cortado, veyendo á Amadis en gran peligro, socorrióle, como buen rey, aunque de muchas heridas andaba llagado, con gran placer de todos, por saber que aquel Beltenebros Amadis fuese, é todos juntos entraron entre sus enemigos, firiendo y matando; así que, no los osaban atender, y dejaban á Amadis ir por do quería; de manera que la ventura lo guió donde Agrájes, su primo, é Palomir é Branfil é Dragonis estaban á pié, que los caballos les habían muerto, é muchos caballeros sobre ellos, que matar los querian, y ellos estaban juntos y se defendian muy bravamente; é como así los vió, dió voces á don Florestan, su hermano, é á Guilan el cuidador, é con ellos los socorrió; é salió á él un caballero muy señalado, que Vadamigar había nombre, al cual el yelmo de la cabeza habían derribado, é dió á Amadis una gran lanzada por el cuello del caballo que el fierro de la lanza le pasó de la otra parte; mas él lo alcanzó con la espada y fendiólo fasta las orejas, é como cayó, dijo: «Primo Agrájes, cabalgad en ése caballo.» E don Florestan derribó otro buen caballero, que Danel se nombraba, é dió el caballo á Palomir, é don Guilan dió otro caballo á Branfil, del cual derribó Landin, dejándole muy mal llagado; é Palomir trajo otro caballo á Dragonis; así que, todos fueron remediadós, é tomaron la via que Amadis llevaba, haciendo maravillas de armas é nombrándose porque lo conociesen, é fuesen sus enemigos en mayor pavor puestos; é tanto hicieron él é Agrájes é don Florestan con aquellos caballeros que con ellos juntos se hallaron, é con la gran bondad del Rey su señor, que aquel día mucho valió, mostrando su grande esfuerzo, que vencieron la batalla,

quedando en el campo muertos é llagados todos los mas de sus enemigos; mas Amadis, con la gran rabia que tenía, pensando ser muerto don Galaor, su hermano, fíbalos firiendo y matando fasta los llegar á la mar, donde su flota tenían.

Mas aquel valiente y esforzado Gadan Curiel, caudillo de los contrarios, cuando así vió los suyos de vencida, y que no lo dejarían en las naos entrar, juntó los mas que pudo consigo é tornó con la espadaalzada en la mano por ferir al Rey, que mas cerca de sí lo halló; mas don Florestan, que grandes y esquivos golpes aquel día le viera dar, que teniendo el peligro del Rey, púsose delante por recibir en sí los golpes, aunque de la espada otra cosa no llevaba sino la empuñadura. E Gadan Curiel lo firió tan duramente por cima del yelmo, que hasta la carne gelo cortó, é Florestan le dió con aquello que de la espada tenía, tal golpe, que el yelmo le derribó de la cabeza; y el Rey llegó luego, é dióle con la espada; así que, dos partes gelo hizo, é como este fué muerto, no quedó quien campo toviese; antes por se acoger á las barcas morian en el agua é los otros en la tierra; de manera que ninguno quedó. Entonces Amadis llamó á don Florestan é Agrájes é á Dragonis é Palomir, é díjoles llorando: «¡Ay buenos primos! miedo he que hemos perdido á don Galaor. Vámoslo á buscar.» Así fueron donde Amadis á pié lo viera, allí donde él había al rey Cildadan derribado, y tantos eran de los muertos, que no lo podían hallar; mas trastornándolos todos, hallólo Florestan, conociéndolo por una manga de la sobrevista, que india era, é flores de argentéria por ella, é comenzaron á facer gran duelo sobre él. Cuando Amadis esto vió, dejóse caer del caballo, é las llagas, que ya restañadas de la sangre eran, con la fuerza de la caída se abrieron, de manera que la sangre en gran abundancia le salia, é quitándose el yelmo y el escudo, que rompíos estaban, llegóse á Galaor llorando é quitóle el yelmo, é puso su cabeza en sus hinojos, é Galaor, con el aire que le dió, comenzó á bullir ya cuanto. E entonces se llegaron todos á él, llorando con gran dolor en lo ver así. E cuanto una pieza así estovieron llegaron allí doce doncellas muy bien guarnidas, é con ellas escuderos que un lecho traían cubierto de ricos paños, é fincaron los hinojos ante Amadis é dijeron: «Señor, aquí somos venidas por don Galaor: si vivo lo quereis, dádnoslo; si no, cuantos maestros hay en la Gran Bretaña no le guarecerán.» Amadis, que las doncellas no conocia, miraba el gran peligro de Galaor, no sabia qué facer; mas aquellos caballeros le aconsejaron que mas valia dárgele á la ventura, que delante sus ojos verlo morir sin lo poder valer. Entonces Amadis dijo: «Buenas donecellas, ¿podríamos saber dónde lo llevades?—No, dijeron ellas, por agora, é si vivo quereis, dádnoslo luego; si no, irnos hemos.» Amadis les rogó que á él llevasen con él, mas ellas no quisieron, é por su ruego llevaron á Ardian el su enano, é á su escudero. Entonces lo pusieron así armado, salvo la cabeza y las manos, en el lecho, medio muerto, é Amadis é aquellos caballeros fueron hasta la mar con él, haciendo gran duelo, donde vieron un navío, en el cual las doncellas metieron el lecho; é luego demandaron al rey Lisuarte que le pluguiese de les dar al rey Cildadan, que entre los muertos es-

taba, trayéndole á la memoria ser un buen rey, y que haciendo lo que obligado era, la fortuna le había traído en tan gran tribulacion; que hobiese dél piedad, porque si sobre él aquella fortuna tornase, la podiese fallar en otros. El Rey gelo mandó dar mas muerto que vivo, é luego en aquel lecho lo tomaron é posieron en el navío, é alzando las velas, partieron de la ribera á gran priesa. En esto llegó el Rey, que había andado trabajando cómo de la flota de sus enemigos no se salvase ninguna cosa, haciendo prender á los que dellos en la batalla no morieran, é falló llorando á Amadis é á don Florestan é Agrájes é á todos los otros que allí estaban; é sabido que la causa dello era la pérdida de don Galaor, hobo muy gran pesar é dolor en su corazon, como aquel que lo amaba de corazon y en sus entrañas lo tenía, y esto con mucha razon, que desde el día que por suyo quedó, nunca en al pensó sino en el servir; é apeóse del caballo aunque muchas llagas tenía, que sus armas todas eran tintas de la su sangre, é abrazó á Amadis con muy gran amor que le tenía, é consolándole é diciéndole que si por gran sentimiento el mal de don Galaor remediar se podiese, que el suyo dél bastaba, segun el gran dolor que su corazon por él sentia; mas teniendo esperanza en el Señor poderoso, que á tal hombre no querria desamparar así del todo, se consolaba, é que así con esforzado ánimo debian ellos facer; é tomándolos consigo, se fué á la tienda del rey Cildadan, que extraña é rica era, é allí los tovo consigo, é rogando que le trajesen de comer, y despues, que le posiesen diligencia en enterrar los caballeros que de su parte morieron, en un monesterio que al pié de aquella montaña había; y él les mandó facer el cumplimento de sus ánimas, é dió grandes rentas así para el reparo dellas como para que una capilla muy rica se hiciese, é allí los pusiesen en tumbas ricamente labradas, y los nombres dellos en ellas escritos. Y despedidos mensajeros á la reina Brisena, haciéndole saber aquella buena ventura que Dios le diera, él y aquellos caballeros, que mal llagados estaban, se fueron á una villa quatro leguas dende, que Ganota había nombre, é allí estovieron fasta que sus heridas sanaron; y en este medio tiempo que la batalla se dió, la hermosa reina Briolanja, que con la reina Brisena quedara, acordó de ir á Miraflores á ver á Oriana, que así la una como la otra por la fama de sus grandes fermosuras deseaban verse. Sabido esto por Oriana, aquel su aposentamiento mandó de muy ricos paños guarnecer, é como la Reina llegó y se vieron, mucho fueron espantadas, tanto, que ni el arco encantado ni la prueba de la espada no tovieron tanta fuerza ni posieron tal seguridad que á Oriana quitasen de muy gran sobresalto, creyendo que en el mundo no había tan cativado ni sujeto corazon que la fermosura de Briolanja, rompiendo aquellas ataduras, para sí no lo ganase; é Briolanja, habiendo algunas veces visto las angustias é lágrimas de Amadis, junto con aquellas grandes pruebas de amor aquí dichas, luego sospecho que, segun su gran valor, que no merecía su corazon padecer sino por aquella ante quien todas las que de fermosura se preciasen debian de huir, porque con la su gran claridad, las suyas dellas en tinieblas puestas no fuesen, quitando á Amadis de culpa por haber así des-

echado aquello que por su parte della cometidole fué. Así estovieron ambas de consuno con mucho placer hablando en las cosas que mas les agradaban, é contando Briolanja entre las otras cosas por mas principal lo que Amadis por ella ficiera, é cómo le amaba de corazon. Oriana, por saber más, díjole: «Reina, señora, pues que él es tan bueno y de tan alto lugar, como venga de los mas altos emperadores del mundo, segun he oído, y esperando ser rey de Gaula, ¿por qué no lo tomaríades con vos, haciéndole señor de aquel reino, pues él vos lo dió á ganar, pues que en todo es vuestro igual?» Briolanja le dijo: «Amiga, señora, bien creo yo que aunque muchas veces lo vistes, que no lo conocéis; ¿pensáis vos que no me ternia yo por la mas bienaventurada mujer del mundo, si eso que decís yo podiese alcanzar? Mas quiero que sepáis lo que en esto me aconteció, é guardadlo en poridad, como tal señora guardarlo debe; que yo le acometé esto que agora dejistes, é probé de lo haber para mí en casamiento, de que siempre me ocurre vergüenza cuando á la memoria me torna, y él me dió bien á entender que de mí ni de otra alguna poco se curaba; y esto tengo creído, porque en tanto que comigo aquella temporada moró, nunca de ninguna mujer le oí hablar, como todos los otros caballeros lo hacen; mas tanto vos digo que él es el hombre del mundo por quien ante perderia mi reino é aventuraria mi persona.» Oriana fué muy leda desto que le oyó, é mas segura de su amigo; mirando con la grande afición que Briolanja lo dijo que con ninguna de las otras pruebas, é dijo: «Maravillada soy desto que me decís, que si Amadis alguna no amase no pudiera entrar so el arco de los leales amadores, donde dicen que por él se hicieron mayores señales de leal enamorado que por otro ninguno que allí fuese.—El bien puede amar, dijo la Reina, pero es lo mas encubierto que nunca lo fué caballero.» En esto y en otras cosas muchas hablando estovieron allí diez días; en cabo de los cuales se fueron entrambas con su compañía á la villa de Fenusa, donde la reina Brisena atendiendo al Rey su marido estaba, que con ellas mucho le plago en ver á su hija sana é tornada en su hermosura. Allí les llegó la buena nueva del vencimiento de la batalla, que despues del gran placer que les dió, la reina Brisena hizo muchas limosnas á iglesias é monesterios, é á otras personas que necesidad tenían. Mas cuando la reina Briolanja oyó decir ser Amadis aquel que Beltenebros se llamaba, ¿quién vos podría decir el alegría que su ánimo sintió, é así lo hobó la reina Brisena, é todas las dueñas é doncellas, que mucho lo amaban, é con ellas Oriana é Mabilia, fingiendo ser á ellas aquella nueva de nuevo venida como á las otras; é Briolanja dijo á Oriana: «¿Qué vos parece, amiga, de aquel buen caballero, como fasta aquí era loado, quedando escurecida la fama de Amadis, que ya dél cuasi memoria no habia, é como quiera que mucho lo amase é mucho sopiese de sus caballerías, en duda estaba ya, viendo los grandes hechos de Beltenebros, á cuál dellos mi afición se debiese acostar.—Reina, señora, dijo Oriana, yo entiendo que así lo estábamos ya todos, é si con el Rey mi padre viniere, preguntémosle por qué causa dejó su nombre, é quién es aquella que el tocado de las flores ganó.—Así se haga,» dijo Briolanja.

CAPITULO XVI.

De cómo el rey Cildadan é don Galaor fueron llevados para curar, é fueron puestos el uno en una fuerte torre de mar cercada, y el otro en un vergel de altas paredes y de verjas de hierro adornado, donde cada uno dellos, en si tornado, pensó de estar en prision, no sabiendo por quién allí eran traídos, é de lo que mas les avino.

Agora vos contarémos lo que fué del rey Cildadan y de Galaor. Sabed que las doncellas que los llevaron curaron dellos, é al tercero dia estaban en todo su acuerdo, é don Galaor se halló dentro en una huerta, en una casa de rica labor, que sobre cuatro pilares de mármol se sostenia, cerrada de pilar á pilar con unas fuertes redes de fierro; así que, la huerta desde una cama donde él echado estaba se parecia; é lo que él pudo alcanzar á ver le pareció ser cercada de un alto muro, en el cual habia una puerta pequeña, cubierta de foja de fierro, y fué espantado en se ver en tal lugar, pensando ser en prision metido, é hallóse con gran dolor de sus feridas, que no atendia otra cosa sino la muerte; é allí le vino á la memoria cómo fuera en la batalla; mas no supo quién della lo sacó ni cómo allí lo trajeran. Tornado el rey Cildadan en su entero juicio, fallóse en una bóveda de una gran torre, en una rica cama echado, cabe una finiestra; é miró á un é á otro cabo, mas no vió á ninguna persona, é oyó hablar encima de la bóveda, mas no pudo ver puerta ni entrada ninguna en aquella cámara donde estaba, é miró por la finiestra, sacando la cabeza, é vió la mar, que allí donde estaba era una muy alta torre asentada en una brava peña, é parecióle que la mar la cercaba de las tres esquinas, y membróse cómo fuera en la batalla, mas no sabia quién della lo sacara; pero bien pensó que, pues él tan mal parado fué é así preso, que los suyos no quedarían muy libres; é como vió que mas no podia hacer, asejóse en su lecho, gimiendo é doliéndose mucho de sus llagas, atendiendo lo que venir le podiese. E don Galaor, que en la casa de la huerta, como ya oistes, estaba, vió abrir el postigo pequeño é alzó la cabeza con gran afán, é vió entrar por él una doncella muy hermosa é bien guarnida, é con ella un hombre tan laso é tan viejo, que era maravilla poder andar, y llegando á la red de fierro de la cámara, dijéronle: «Don Galaor, pensad en vuestra ánima, é no vos salvamos ni aseguramos.» Entonces la hermosa doncella sacó dos bujetas, una de fierro é otra de plata, é mostrándogelas á don Galaor, le dijo: «Quien aquí vos trajo no quiere que murais fasta saber si faréis su voluntad, y en tanto quiere que seáis de vuestras llagas curado, é se vos dé de comer.—Buena doncella, dijo él, si la voluntad dese que decís es queriendo lo que yo facer no debo, mas dura cosa para mí seria que la muerte; en lo al, por salvar mi vida, hacerlo he.—Vos faréis, dijo ella, lo que mejor vos estoviere, que deso que decís poco nos curamos; en vuestra mano es de morir ó vivir.»

Entonces aquel hombre viejo abrió la puerta de la red y entraron dentro, y ella tomó la bujeta de fierro é dijo al viejo que se tirase afuera, y él así lo fizo, y ella dijo á don Galaor: «Mi señor, tan gran duelo he de vos, que por salvar vuestra vida me quiero aventurar á la muerte, é dirévos cómo á mí me es mandado

que esta bujeta finchese de ponzoña, é la otra de unguento que mucho face dormir, porque la ponzoña en vuestras llagas puesta, é la otra que vos adormeciese, obrando con el sueño mas recio; luego muerto seríades; mas doliéndome que tal caballero por tal guisa moriese, ficelo al contrario, que aquí puse aquella melecina, que seyendo por vos tomada cada dia, á los siete dias seréis tan libre, que sin empacho vos podais ir en un caballo.» Entonces le puso en las llagas aquel unguento tan sabroso, que la hinchazon é dolor fué luego amansado, de guisa que muy holgado se halló, é díjole: «Buena doncella, mucho vos agradezco lo que por mí faceis; que si yo de aquí salgo por vuestra mano, nunca vida de caballero tan bien galardada fué como esta á vos será; mas si por ventura vuestras fuerzas para ello no bastaren, é por mí quereis algo hacer, tened manera como esta mi prision tan peligrosa lo sepa aquella Urganda la Desconocida, en quien yo mucha esperanza tengo.» La doncella comenzó á reir de gana, é dijo: «¿Cómo! ¿tanta esperanza teneis vos en Urganla, que poco de vuestra pro ni daño se cura?—Tanta, dijo él, que, como ella sepa las voluntades ajena, así sabe que la mia está para la servir.—No vos cureis, dijo ella, de otra Urganda sino de mí, con tal que vos, don Galaor, así como tovistes gran esfuerzo para poner la salud en tal peligro, así lo tengáis para le dar remedio; que el grande y esforzado corazon en muchas mas cosas que el pelear mostrar se debe; é por el peligro en que por vos me pongo, así para vos sanar como para sacarvos de aquí, quiero que me otorgueis un don que no será de vuestra mengua ni daño.—Yo lo otorgo, dijo él, si con derecho darle puedo.—Pues yo me voy fasta que sea tiempo de vos ver, é acostáos faciendo semblante que á gran sueño dormís.» Él así lo fizo, é la doncella llamó al viejo é dijo: «Mirad á este caballero cómo duerme; agora obrará la ponzoña en él.—Así es menester, dijo el viejo, porque dél sea vengado quien aquí lo trajo; é pues así habeis complido lo que vos mandaron, de aquí adelante vernéis sin guardador, é manteniendo desta guisa quince dias, que no muera ni viva sino en gran dolor; porque en este medio tiempo vernán aquellos que, segun el enojo les ha hecho, le darán la emienda.» Galaor oia todo esto, é bien le pareció que el viejo era su mortal enemigo; mas tenia esperanza en lo que la doncella le dijera, que le daría guarda en los siete dias; porque, si la fortuna sano le tomase, que se podría librar de aquel peligro, é por esto se esforzaba mucho, como la doncella gelo consejara.

Con esto se fueron ella y el viejo; mas no tardó mucho que la vió tornar, é con ella dos doncellas pequeñas, hermosas é bien guarnidas, é traían qué comiese don Galaor; é abriendo la puerta, entraron dentro, é la doncella le dió de comer, y dejó con él aquellas dos doncellitas que le ficiesen compañía é libros de historias que leyesen, y que le no dejasen de dia dormir. Galaor fué desto muy consolado, que bien vió que la doncella queria cumplir lo que le prometiera é gradeciérgelo mucho. Pues ella se fué, cerrando las puertas, é las niñas quedaron acompañándole. Así acació tambien, como habeis oido, al rey Cildadan, que se halló encerrado en aquella fuerte é alta torre sobre la mar; é á poco rato

que con gran pensamiento estaba, vió abrir una puerta de piedra que en la torre engerida era, tan junta, que no parecia sino la mesma pared, é vió entrar por ella una dueña de media edad é dos caballeros armados, y llegaron al lecho donde él estaba, mas no le saludaron, y él á ellos sí, fablándolos con buen semblante; pero ellos no le respondieron ninguna cosa. La dueña le quitó el cobertor que sobre sí tenia, é catándole las llagas, le puso en ellas melecinas, é dióle de comer é tornáronse por donde vinieran, sin palabra le decir, y cerraron la puerta de piedra, como antes estaba. Esto visto por el Rey, verdaderamente creyó que él era en prision metido en poder de quien su vida muy segura no estaba; pero esforzóse lo mas que pudo, no pudiendo mas hacer. La doncella, que de Galaor curaba, tornó á él cuando vió ser tiempo, y preguntóle cómo le iba, y él dijo que bien, y que si adelante fuese, que creía estar en buena disposicion al plazo que puesto le tenia. «Deso he yo placer, dijo ella; é de lo que vos dije no tengais duda, sino que así se cumplirá; mas quiero que me otorgueis un don, como leal caballero, que de aquí no probaréis de salir sino por mi mano, porque vos sería mortal daño y peligro de vuestra vida, é á la fin no lo podríades acabar.» Galaor gelo otorgó, é rogóle mucho que le dijese su nombre. Ella dijo: «¿Cómo, don Galaor! ¿no sabeis vos mi nombre? Agora os digo que estoy con vos engañada, porque tiempo fué que vos fice un servicio, del cual, segun veo, poco se os acuerda; é si mi nombre vos lo recordare, sabed que me llaman Sabencia sobre Sabencia.» E fuése luego, y él quedó pensando en aquello, é viniéndole á la memoria la hermosa espada que Urganda, al tiempo que Amadis, su hermano, lo fizo caballero, le dió, sospechó que esta podría ser; pero dudaba en ello, porque en aquella sazón la vió muy vieja é agora moza, por esto no la conoció; é miró por las doncellitas, mas no las vió, pero vió en su lugar á Gasabal, su escudero, é Ardian, el enano de Amadis, de que fué maravillado é alegre con ellos, é llamolos, que dormian, fasta que los despertó; é cuando ellos le vieron fueron llorando de placer á le besar las manos, é dijéronle: «¡Oh buen señor! bendito sea Dios, que con vos nos juntó donde os podamos servir.» El les preguntó cómo habian allí entrado; dijéronle que no sabian «sino que Amadis é Agrájes é Florestan nos enviaron con vos».

Entonces le contaron en la forma que su vida estaba, é cómo teniéndole Amadis en su regazo la cabeza, llegaron las doncellas á lo pedir, é cómo, por acuerdo dellas y de sus amigos, le habian dado, viendo su vida en el punto de la muerte, é cómo le metieran en la fusta, é al rey Cildadan con él. Don Galaor les dijo: «¿Cómo se halló Amadis á tal sazón?—Señor, dijeron ellos, sabed que aquel que Beltenebros se llamaba es vuestro hermano Amadis, el cual por su gran esfuerzo la batalla fué vencida por el rey Lisuarte.» E contáronle en qué manera habia socorrido al Rey, llevándole el Gigante debajo del brazo, é cómo entonces se nombrara por Amadis. Grandes cosas, dijo Galaor, me habeis dicho, y gran placer tengo por las nuevas de mi hermano, aunque si no me da causa legitima por qué se debió tanto tiempo encobrir de mí, mucho será dél quejoso.»